

Economía y Nación. Una breve historia de Colombia. (*)
Hegemonía y estrategia socialista. ()**

Fredy O. Gómez.

Es tremendamente dispendioso intentar vincular las teorías sociales que estos textos manejan, cada uno por su parte y de manera no siempre análoga, en y desde una perspectiva *comunicativa* y en términos más familiares y aprehensibles por cualquier persona ajena a las profundas acepciones conceptuales presentes también en ellos. Hago esta aclaración porque el primer texto(*) recorre *un* trayecto bien definitorio del contexto histórico colombiano y marcado casi exclusivamente en lo *económico*, razón obvia de su estructura, dejando muy entre líneas las condiciones comunicativas que se manifestaron para tal desenvolvimiento, y el segundo(**), busca definir conceptos de igual forma fundamentales para la interpretación de *lo social* y de sus *tramas* funcionales en las que todos estamos profundos, pero no favorece la fácil asociación de significaciones para un *sujeto* componente de uno de los campos que intenta de alguna manera describir (aquel ubicado en la periferia social *dominada* de la estructura nodal y hegemónica) y al que siempre, incluyendo este *tipo de literatura*, se marginaliza y extrae del proceso de teorización. Estoy seguro que esto no corresponde a una introducción *ortodoxa* para un documento como *este* cuyo objetivo se centra en la búsqueda de una(s) propuesta(s) personal(es) venida(s) de y con respecto al pensamiento de unos autores manifestado en aquellos textos ya mencionados, pero me pareció importante dejarlo claro, en especial cuando el autor, yo mismo, carece por ahora, al menos, de unos elementos que permitan una crítica rigurosa y de verdad creíble, bien sea en cuanto a criterios económicos o relacionados a la sociología y mucho menos a la historia. Sin embargo, haré el esfuerzo de procurar un análisis de aquello que creo conveniente como objetos analizables desde la comunicación y, ojalá, con relación a una problemática utilizable dentro de una apuesta investigativa personal. Por ello lo que encontrarán aquí expresado se centrará en algunos pocos de los aspectos trabajados por los escritores de este par de obras.

Me interesa más, y es sano dejarlo dicho también, el contenido histórico relatado por Salomón Kalmanovitz en su “breve historia de Colombia”, claro, considerando que en su interior sobresalen relaciones fácilmente reconocibles entre las estructuras de poder y dominación de nuestra nación, donde se evidencia ese tipo de *articulaciones* a las que Laclau y Mouffe hacen especial consideración en tanto se les puede considerar como “toda practica que establece una *relación* tal entre elementos, que la *identidad* de estos resulta *modificada* como resultado de esta practica”(1), donde seguramente también podemos pensar que esa falta o la no consolidación de una ideología nacional que acusa en algún momento Kalmanovitz, remite a ello, es decir, a que estas articulaciones en lo social carecen de una coherencia *discursiva* totalizante, que abarque los requerimientos propios del pueblo y el de sus intereses, no por encima, sino a la par de los de las clases dominantes. En todo caso me parece altamente destacable la labor de organización informacional que, con respecto al crecimiento, así sea económico meramente, nacional, hace este autor. En ella se aprecian las estrategias de un Estado, las más de las veces inoperante y no neutral en ese tipo de relación pueblo-burguesía ya mencionada, que han desarticulado los espacios de acción nacional siempre por el amparo y el favoritismo de unos (aquellos del poder económico, político, cultural, etc.) en detrimento de otros (los trabajadores y sus familias, estudiantes, sindicatos, etc.), y donde la construcción simbólica conjunta de la Nación, desaparece tras beneficiosas preferencias clasistas que hacen, en gran parte, permisible la legitimación y continuación de los mismos gobernantes, esto es, de una oligarquía apropiada de los aparatos de gobierno.

El relato de Kalmanovitz comprende al menos desde la situación del Estado Colombiano en condiciones de guerra, claro, siendo esta exógena al territorio, es decir mientras se desarrollaba la Segunda Guerra Mundial, hasta encontrarse con el desesperado intento de desprenderse de *otra*, esta sí de naturaleza interna y civil, desatada abiertamente a finales de los cincuenta, de orígenes bipartidistas y gracias a la desazón producida por los afanes modernistas burgueses que solo buscaban una estabilidad fragmentaria de la nación donde ellos, los burgueses, fuesen quienes se mantuvieran en la cima de esa cualidad de estabilidad y desarrollo, representado en beneficios económicos y políticos más que todo y donde el pueblo debería conformarse con la satisfacción de los de arriba. Situación que perduraría hasta la década de los ochentas (considerando que el texto analizado ahí concluye) con variables en las vertientes económicas nacionales que condicionaban y fueron condicionadas por ese conflicto interno. Así pues el autor nos lleva, desde finales de los treinta y hasta principios de los noventa, por una trayectoria donde casi enteramente se puede decir que los proyectos de *modernización* en Colombia, en lo económico, lo industrial, lo social, van acompañados de un enfrentamiento(2) y a veces de una violencia bien sea

partidista o *clasista*, o ambas, donde la negociación no tiene cabida, donde la comunicación con fines a ajustar puntos de vista y estados de posturas y actitudes sociales, no tienen fuerza suficiente para sobrepasar esos desajustes de clases y mucho menos de opinión política. ¿Acaso es admitida y estimada hoy?

Pues bien, la segmentación temporal organizada por Kalmanovitz se analiza, en el texto, contemplando las afectaciones que se establecen entre los gobiernos de turno y las principales actividades económicas del país. Entonces fueron la agricultura, la ganadería, el comercio y la industria en general, los puntos de referencia para la elaboración del plano económico colombiano de gran parte del siglo XX (entre 1940 y 1980), indagando en los vínculos que entre estos y las políticas de Estado fueron relevantes para definir las actuales condiciones sociales del país.

El periodo de la Segunda Guerra Mundial afectó, como alteró a todas las naciones latinoamericanas, las expectativas colombianas de modernización, incluso las de una reorganización de la hasta entonces desordenada sociedad colombiana, sin argumentos estatales que permitieran una logística social coherente para dar la armonía suficiente a tal estructura. Afectó, tal época de desavenencia (1939-1945), los procesos de industrialización y tecnificación que por esas fechas se planteaban privilegiadamente enfocados al uso militar y bélico, además los mercados internacionales, en especial los europeos, se cerraron a las exportaciones y los países por fuera del conflicto y sus *problemas* no eran visualizados como pertenecientes al mapamundi.

La despedida de la guerra optimizó las falencias de equipamientos en las industrias lo que desde entonces sirvió para establecer los principios de un propósito *industrializador* para el país por parte del Estado. El comercio (exterior) fue favorable particularmente para los textiles y la industria de capital nacional. La *tierra* se convierte en el *útil* tal vez más codiciado, bien sea por la subida productiva posguerra y los avances agrícolas y ganaderos o por su *administración*, que empezaba a trazar divergencias político-económicas entre quienes se harán responsables de ella y quienes la trabajan.

Pero el elemento de vital importancia en la relación del Estado y las problemáticas y crisis de las clases sociales, se materializó, tras las promesas rotas de las reformas propuestas por los gobiernos previos, en la *violencia*. Los partidos instaban por el uso de la fuerza para la legitimación de su discurso, liberales y conservadores disputaban la supremacía de su poder político. Lo agudo del periodo se pronunció en 1948 cuando por acciones *razonables*, considerando las pretensiones políticas y económicas de las clases dominantes, se atentó y acabó con la vida del político y *caudillo* liberal Jorge Eliécer Gaitán, quien del lado de la izquierda liberal *reconoció* las *necesidades* de un pueblo que se hallaba para entonces subestimado por sus

dirigentes y apartado de toda consideración del poder y enclaustrado en una función esencialmente trabajadora y mal paga. Fue su asesinato el que desató la cadena de conflictos y violencia que distinguen desde entonces a nuestro país, no solo en las ciudades sino de igual manera en el campo donde también la conformación de agentes y grupos armados campesinos se consolidaba cada día más re-planteando los órdenes laborales y vivenciales rurales, lo que en muchos casos causó una migración campesina a las ciudades principales donde, a su vez, se incrementaban las infraestructuras propias de la ciudad (viviendas, empresas, fábricas, etc.) y la población lo cual produciría finalmente desequilibrios laborales y educacionales importantes para estas metrópolis y para el desarrollo cultural de la población.

Cabe mencionar, como lo hace Kalmanovitz ampliamente, la trascendencia de esta *justificable* acción, la eliminación de una fuerte voz para el pueblo, Gaitán, ya que se trató de un silenciario político pues “Gaitán denunciaba a una oligarquía que no producía y se apropiaba de una parte considerable del ingreso nacional”(3) dándole las razones suficientes y necesarias a esta, de aniquilar, no solo al político y sus programas más bien progresistas, sino al “gran peligro que entrañaban la participación del pueblo en política y la pérdida del viejo control oligárquico, compartido y renovado con y por el capital, sobre la vida municipal y nacional de Colombia.”(4) Así pues, se pueden deducir las secuencias correctas de elementos en el proceso decisivo respecto al asesinato del caudillo y de su aliento para el pueblo como un inevitable requerimiento para la mantención del control económico y político de la clase dominante. Lo no previsible para esta oligarquía parecieron ser las *consecuencias* futuras de tal conducta *terrorista*. La guerra civil inacabable que se vio reflejada en todas las áreas de lo social nacional fue concluyente como efecto permanente del Bogotazo(5), incluyendo la cada vez más descompuesta situación política de la nación y el aguzamiento de las luchas campesinas en todos los puntos cardinales del país (Huila, Tolima, los llanos y las regiones cafeteras, el Valle, etc.), además de la ya mencionada “explosión demográfica” y sus eventuales problemas de desempleo, sin mencionar que una de las salidas, a las problemáticas que pasaban por la tierra, fue la armada, guerrillera liberal y comunista, residuo también, de los enfrentamientos políticos bipartidistas de las décadas anteriores.

Tal vez fueron estos momentos los que representaron para el país, por un lado, las más serias deficiencias del Estado como administrador y constructor del orden social, a menos que ese orden se le atribuya al conflicto del que tampoco tenía control, y por otro, o al mismo tiempo, la ausencia en este mismo, de la procura de las bases mínimas para la conformación de las

estructuras sociales lógicas, incluso en las condiciones de disparidad económica que se establecen en los países en “vía de desarrollo” y en especial, con visiones democráticas. Recordemos que un año después del *inicio* de la violencia, es decir 1949, se introdujeron las medidas internacionales que proveerían al país (y a toda Latinoamérica), de las garantías de *desarrollo* que eran, para nuestras gentes y su poca elaborada capacidad progresista, lejanas y desconsideradas teniendo en cuenta las posibilidades productivas del territorio. Sin embargo, como lo mencionara Arturo Escobar: esta “nueva *estrategia* buscaba un *nuevo* control de los países y de los *recursos*.”(6)

El Estado y las clases dominantes, a las cuales se hallaba subyugado éste, prestarían atento oído aquellas *sugerencias* pues fueron legitimadas como un discurso en contra de la pobreza y a favor del *desarrollo*, postulando compromisos en “el proceso de formación de capital, y sus diversos factores: tecnología, población y recursos, política fiscal...”etc., en “consideraciones culturales, como la educación y la necesidad de fomentar valores culturales modernos...” y en “la necesidad de crear instituciones adecuadas para llevar adelante la compleja labor: organizaciones internacionales,; oficinas de planificación nacional,”(7) etc.

Muchas de aquellas sugerencias desencadenaron la llegada de capitales internacionales como parte de una amplitud de mercados e inversión de los gobiernos colombianos de la segunda mitad de siglo.

Posteriormente estos gobiernos intentarían, a su modo, ahogar la violencia y los desajustes sociales y económicos, pero la primera continuaba afirmándose como discurso al margen del producido por el Estado, aunque con igual presencia en el territorio, y los segundos se balanceaban entre las subidas y bajadas que los mercados nacionales e internacionales procuraban de un periodo a otro, al depender del mismo trámite estatal que beneficiaba a aquellos pocos pertenecientes a las clases dominantes.

Hubo una seria etapa de transición entre la presidencia del conservador Laureano Gómez y la conformación del Frente Nacional(8) cuya primera dirigencia estuvo en manos del liberal Carlos Lleras Restrepo. Gómez planteaba un liberalismo económico internacional pero un fuerte trato a lo nacional laboral, por su parte Rojas Pinilla mantuvo ese liberalismo económico, propició el diálogo sindical lo que le llevó a alejarse de la “jerarquía católica”(9), además no controló sino que más bien propició nuevos espacios de violencia (contra movimientos estudiantiles por ejemplo) y desajustó el carácter económico de su gobierno al no contar con el apoyo del gremio cafetero e industrial.

El Frente Nacional supuso que la supremacía ejercida por el Estado habría de recuperarse por medio de acuerdos bipartidistas en donde el cambio de gobierno estaría siempre en alternancia política, aunque esa intención de volver a la situación de control y dominio lo desarrolló por otros

medios y “aparatos de represión y violencia”(10), sus reformas y medidas económicas, políticas, sociales y legislativas, disminuyeron la fuerza de “el liberalismo económico mediante el cual se había desatado históricamente la acumulación de capital en el país.”(11) También se consumó una sumisión más profunda a los requerimientos extranjeros, en especial a los estadounidenses, quienes para entonces ya intervenían en decisiones de todo tipo dentro del territorio nacional.

En una síntesis un poco apresurada, podríamos mencionar que aspectos como la *devaluación* y la *revaluación*, la *inflación*, el *comercio exterior*, la *política económica* y las *legislaciones laborales* entre otros muchos aspectos de la conciencia estatal, se fueron haciendo presentes en el *argot* cotidiano nacional gracias a que, considero, los gobiernos establecidos entre los setentas y los ochentas tuvieron la premura de explicar muchos de los fenómenos que alrededor de la estructura estatal se tejían, en especial aquellos en donde las producciones nacionales, legales e ilegales, tenían una gran acogida de los mercados internacionales, entre ellos, y los más importantes: el café, la marihuana y la coca y otros como las flores que también empezaban a tomar posiciones importantes.

Es ahora donde vale la pena reconocer ese *terreno* de prácticas simbólicas donde se establecen relaciones entre un *inacabable* y más bien *abierto* concepto de lo social, si pensamos en lo dicho por Laclau y Mouffe, y el Estado, donde y a través de las cuales se construye la Nación entendida como esa comunidad de *articulaciones* en donde nos reconocemos como tal, pero también en donde los intereses de unos pocos hacen que muchas normas de dominio sobresalgan, no por su proporcionada actividad, sino por sus prácticas muchas veces basadas en el terror y la violencia, haciendo de la contienda simbólica por la concesión del poder social, político y económico, es decir por las lógicas hegemónicas, una lucha dispareja, tramposa y sobre todo *inútil*. La pregunta es entonces ¿porqué la reiteración en cuanto a creer en los planteamientos que un gobierno tras otro *re-plantea*, muchas veces disfrazado de un populismo endémico que solo es útil en el sentido de otorgar una legitimidad a un discurso que realmente busca el posicionamiento social y político preferencial en la figura del político dirigente de un partido y clase particular?, ¿porqué seguimos escuchando?, ¿son sus discursos tan bien estructurados que, aunque todos nos quejemos con voz “bien bajita”(12) de dolor y pena por lo que ya sabemos que pasa y pasará con nuestros dirigentes y sus periodos, somos incapaces de organizarnos como un *corpus* de antagonismo social –viable desde el concepto de hegemonía-, que de verdad *recupere* los espacios perdidos de la democracia?

Por otro lado ¿cómo podemos pensar en salidas negociadas, fundamentadas en el *diálogo*, si lo que ha sido una constante en la política y los regímenes de clase en este país han pasado siempre por la prolongación de la violencia y de la guerra interna, no solo como proceso de legitimación del discurso periférico en contraposición del oficial operante y convencedor de la esfera pública, sino también como un *negocio* altamente redituable más en términos económicos que de presencia política y de igualdad, es decir democrático? Las posibilidades reales de plantear una comunicabilidad, al menos política, en Colombia se acerca mucho a las posibilidades de que con gobiernos *no ejecutados* como los de Gaitán o Galán⁽¹³⁾, se hubieran curado todos los pesares que desde hace tiempo y cada vez con mayor ímpetu se posicionan *por encima* de las decisiones y las posibilidades participativas del pueblo al que estos dos políticos y liberales, daban una lectura más cercana con respecto a sus necesidades y expectativas, pero que de todas maneras iban a terminar reprochados por tal incapacidad de *depuración* totalizante en lo económico, lo político, incluso lo cultural y lo social. Es decir, la *escucha* de los discursos no oficiales y de aquellos que sí, son tan o más dispares que las mismas circunstancias que los propician y por tanto favorecen las premisas capitalistas contramayoritarias que ni siquiera han de *ponerse en común* para que se desarrollen, como hasta ahora lo han hecho, en complicidad con el Estado y de su debilidad como *arbitrador* social, esencia que le es propia y que debiera constituirlo como ese “espacio donde se enfrentan, luchan, negocian y se *concilian* los intereses de las clases, grupos de presión y gremios de la sociedad.”⁽¹⁴⁾

Intimidación, represión, invisibilidad o censura pueden ser los únicos elementos que hacen parte de la sintaxis complicadísima y hasta ahora constante en el lenguaje producido *desde arriba* para esa probable comunicabilidad política⁽¹⁵⁾.

Finalmente ¿puede el Estado establecer esa minuciosa acción de conservación y amparo, esto es, de manutención social del que es responsable y autor, por medio de, o valiéndose al menos en parte, de unas *políticas de comunicación* que replanteen las facultades y las acciones discursivas de unos y otros actores sociales que lleven a los caminos de la socialización, la democracia y la paz, sin verse maniatado por los intereses de las clases dominantes? Y si sí, ¿A *dónde* deben apuntar dichas políticas y desde qué *bases*

comunicativas? Es decir, ¿cuáles fines, si no son los mismos clasistas, deben confrontarse con una comunicabilidad no privada de ninguna voz o espacio?

(*) **Salomón Kalmanovitz.** “Economía y Nación. Una breve historia de Colombia”. TM Editores.

(**) **Ernesto Laclau y Chantal Mouffe.** “Hegemonía y estrategia socialista”. Ed. Fondo de Cultura Económica.

(1) **“Hegemonía y estrategia socialista”.** Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Ed. Fondo de Cultura Económica. Pág. 142.

(2) **“Economía y Nación. Una breve historia de Colombia”.** Salomón Kalmanovitz. TM Editores. Pág. 360.

(3) *Ibídem.* Pág. 393.

(4) *Ibídem.* Pág. 397.

(5) Se conoce como **Bogotazo** al período de protestas y desórdenes surgido después del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948 en el centro de Bogotá (Colombia). La reacción al asesinato de Gaitán sería la antesala de la época conocida como La Violencia.

(6) **“La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo”.** Arturo Escobar V. Pág. 59.

(7) *Ibídem.* Pág. 87.

(8) El **Frente Nacional** fue una coalición política y electoral colombiana entre liberales y conservadores, vigente entre 1958-1974. Por extensión también se refiere el periodo

histórico de dichos años. La principal característica de este periodo histórico fue el acuerdo de igualdad entre los dos partidos durante este proceso, ya que planteaba que estos se alternaran la presidencia durante sus 16 años de duración y una idéntica cantidad de parlamentarios liberales y conservadores en el Congreso. El principal objetivo de este acuerdo político era la reorganización del país luego de la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla.

- (9) **“Economía y Nación. Una breve historia de Colombia”**. Salomón Kalmanovitz. TM Editores. Pág. 412.
- (10) Ibídem. Pág. 415.
- (11) Ibídem. Pág. 418.
- (12) **“Una mirada al discurso público en contextos de hostilidad y terror”**. Jorge Iván Bonilla en “Pensar la comunicación. Reflexiones y avances en investigación” Medellín. Universidad de Medellín, 2006. Pág. 123.
- (13) **Luis Carlos Galán Sarmiento** (29 de septiembre de 1943, Bucaramanga, Santander-18 de agosto de 1989, Soacha, Cundinamarca) fue un abogado y político Colombiano, candidato a la presidencia en dos ocasiones por el Partido Liberal Colombiano y en una ocasión por el movimiento nuevo liberalismo (movimiento político fundado por el, disuelto cuando el regreso al partido liberal), destacado por su apoyo popular (pese a carecer de suficiente ayuda política); y por su contribución en la democratización interna de los partidos colombianos. Asesinado durante su última campaña electoral por personas dirigidas por Pablo Escobar, jefe de la mafia de la droga en Colombia. En Junio de 2006 se ha empezado un juicio contra Alberto Santofimio Botero, por ser el presunto autor intelectual de su asesinato.
- (14) **“Economía y Nación. Una breve historia de Colombia”**. Salomón Kalmanovitz. TM Editores. Pág. 401.
- (15) **“Una mirada al discurso público en contextos de hostilidad y terror”**. Jorge Iván Bonilla en “Pensar la comunicación. Reflexiones y avances en investigación” Medellín. Universidad de Medellín, 2006.